

La cámara de los deseos

Leda Rendón

Yasunari Kawabata era un hombre que amaba la soledad. La depresión parece haberlo acompañado siempre. Se cree que se suicidó en su departamento tres años después de haber ganado el Premio Nobel. *La casa de las bellas durmientes* (1961) tiene como guarida de los deseos eróticos de un grupo de ancianos privilegiados una casa junto a un acantilado. Es una especie de limbo o portal secreto hacia otro estado. Si bien ellos pasan la noche con hermosas mujeres narcotizadas, no pueden poseerlas sexualmente. Sólo les está permitido besarlas y acariciarlas. Son juguetes vivientes. Bien mirado, parece el sueño de un psicópata. Las bellas durmientes son objetos de placer mental; que no se pertenecen, que se abandonan al deseo del otro. Estos seres frágiles ofrecen su cuerpo cada noche para que los ancianos beban de su juventud. Estamos ante una pieza que se alimenta de la nostalgia, la pulsión de muerte, el deseo sexual y lo monstruoso.

Eguchi, el protagonista, es un anciano de 67 años que, animado por Kiga, su amigo, decide visitar la morada de las bellas durmientes: una especie de burdel erótico que se rige por la imaginación de cada visitante y las reglas que impone alguien, nunca se sabe bien quién, aunque una mujer misteriosa toma todas las decisiones. Después de su primera visita el anciano Eguchi decide no regresar porque una repulsión inexplicable lo invadió. Pero la mujer lo llama días más tarde y le dice que tendrá una muchacha para esa misma noche. El anciano no se puede resistir. Por otra parte, la descripción detalladísima de las posiciones del cuerpo de las jóvenes raya en lo patológico. El viejo pasará cuatro noches en la casa y sabrá del fallecimiento de Fukura y una joven morena. Incluso la muerte es tratada con

frialidad: hay que seguir las reglas que dicta una especie de fantasma.

En la casa las mujeres son un pedazo de carne que late y sueña; quizá sueñan al viejo Eguchi. Las escenas parecen sacadas de una película de terror. Como telón de fondo se escucha la lluvia y el ir y venir de las olas del mar. La casa recuerda el cuerpo de una mujer. La recámara con sus cortinas de terciopelo carmesí podría bien ser el interior de una dama. Eguchi se gesta en la matriz de los sueños de jóvenes narcotizadas que duermen “como si estuvieran muertas”. La novela exuda erotismo: las paredes, las ventanas, los cuadros, las cortinas parecen gemir. El espacio, sin embargo, recuerda a un fumadero de opio. Las mujeres son mantenidas apenas con vida por una cobija eléctrica. En esta suerte de novela cubista el tacto y el olor evocan recuerdos en su protagonista.

Estamos frente a un tipo de vampirismo senil. La casa de las bellas durmientes es la cámara de los deseos. En ella se pueden ver claramente los recuerdos del pasado. Los sueños son perturbadores. Las drogas están en la almohada listas para ser ingeridas. Los ancianos no necesitan acostarse con las muchachas porque en realidad están dentro de ellas. Por eso solo puede haber un anciano a la vez. La negra, la última mujer con la que duerme Eguchi, es un doble repulsivo de la blanca que está a su lado, por eso debe morir. Los enigmas que encierra la propiedad son varios. Por ejemplo: quién es el dueño de la casa, por qué es únicamente la mujer quien recibe a Eguchi. ¿La muerte será la única forma de salir de allí? Es como si estuviera dentro de una gran matriz que lo gesta para otro estado: la muerte.

La droga está presente todo el tiempo en la novela. Kawabata logra una atmósfe-

ra de normalidad donde en realidad no la hay. La casa de las vírgenes observa un código de conducta que escapa de la lógica común. Son autómatas siguiendo las reglas que alguien más dicta. Es un falso castillo de la pureza. El encanto está, quizá para Eguchi, en saber que podría hacer cualquier cosa con la mujer que duerme a su lado, pero su grandeza reside en controlar esos impulsos animales. Al menos por algún tiempo. Eguchi entra a la recámara con cortinas de terciopelo carmesí, después de haber tomado el misterioso té, se desnuda y se acuesta junto a la primera chica, enseguida percibe un olor a leche. Hecho que va contra toda lógica, el mismo Eguchi parece contrariado. Una muchacha virgen no puede oler a leche. Las soluciones narrativas eran muchas y Kawabata las deja todas abiertas: la muchacha olía a leche y no era virgen, la regente de la casa puso expresamente el olor en la habitación, Eguchi lo imaginó o el té lo indujo a pensar eso, etcétera. Cada situación se presenta abierta, múltiple. Es un universo perfecto que esconde el azar como en la vida. Las inclinaciones de cada lector gobiernan.

El sexo es ritual, imaginación, fantasía y puesta en escena en *La casa de las bellas durmientes*. La muerte acaricia cada noche a la vida en esta suerte de matriz erótico literaria. Yasunari Kawabata es uno de los grandes maestros de la literatura, que con esta novela conquistó al público intelectual. Desgraciadamente, es poco leído en nuestro país, pero estoy segura de que más de un escritor habría querido imaginar un lugar tan escalofriante y sensual como el de *La casa de las bellas durmientes*. Es un territorio del que salir es casi imposible: las imágenes que regala el japonés son bellísimas, enigmáticas y conmovedoras. **U**